

ISSN 0120-5587
E-ISSN 2422-3174
ENERO-JUNIO



REVISTA
Lingüística
Literatura^y

Cuerpos dóciles y *muertos-vivientes.* Lectura comparada de *El lugar sin límites* de José Donoso y *Viaje* *al interior de una gota de* *sangre* de Daniel Ferreira

DOCILE BODIES AND LIVING-DEAD:
A COMPARATIVE READING OF JOSÉ
DONOSO'S *EL LUGAR SIN LÍMITES*
AND DANIEL FERREIRA'S *VIAJE AL*
INTERIOR DE UNA GOTA DE SANGRE

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n89a07>

Recibido: 15/04/2025

Aprobado: 03/09/2025

Publicado: 01/01/2026

René Araya Alarcón

Universidad de Playa Ancha, Chile

renewaraya@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1042-3288>

Resumen: Este artículo ofrece una lectura comparada de *El lugar sin límites* (1966) de José Donoso y *Viaje al interior de una gota de sangre* (2011) de Daniel Ferreira, explorando la transición del poder anatomopolítico al necropolítico. Con base en Michel Foucault, Achille Mbembe y Sayak Valencia, se analiza cómo en el primer caso predominan dispositivos de poder anatomopolíticos que comienzan a fracturarse y a transformarse, mientras que en el segundo se despliegan plenamente lógicas necropolíticas y mercantilizadas de la muerte. Se propone así articular obras del llamado giro rural con novelas del *Boom*, trazando un mapa de las transformaciones en la representación del poder y la violencia en América Latina durante los últimos cincuenta años.

Palabras clave: poder, violencia, anatomopolítica, biopolítica, necropolítica.

Abstract: This article offers a comparative reading of José Donoso's *El lugar sin límites* (1966) and Daniel Ferreira's *Viaje al interior de una gota de sangre* (2011), exploring the transition from anatomopolitics to necropolitics forms of power. Based on Michel Foucault, Achille Mbembe, and Sayak Valencia, the analysis examines how, in the first case, anatomopolitical devices predominate but begin to fracture and transform, whereas in the second, necropolitical and commodified logics of death are fully deployed. The article thus seeks to bring into dialogue works associated with the so-called rural turn and novels of the *Boom*, mapping the transformations in the representation of power and violence in Latin America over the past fifty years.

Keywords: power, violence, anatomopolitics, biopolitics, necropolitics.

1. Introducción

El presente artículo propone la lectura conjunta de dos novelas latinoamericanas: *El lugar sin límites* (1966), del escritor chileno José Donoso (1924-1996), y *Viaje al interior de una gota de sangre* (2011), del novelista colombiano Daniel Ferreira (1981)¹. Se trata de dos novelas breves, publicadas con más de cuatro décadas de diferencia y que evidencian algunos contrastes con relación a su pertenencia al canon. En el caso del texto de Donoso, es una novela que dentro de poco cumplirá sesenta años, emblemática del *Boom* latinoamericano y considerada un antecedente relevante de la obra magna del novelista chileno, *El obscuro pájaro de la noche* (1970) (Bocaz Leiva, 2024). Además, cuenta con una célebre adaptación cinematográfica de 1978, ediciones críticas recientes, y ha despertado, en las últimas décadas, interés creciente a propósito de propuestas de lectura que la interpretan desde nociones que provienen de la teoría *queer* (López Morales, 2011)². En definitiva, un texto versátil y de suma vigencia, a decir de la crítica y académica chilena Lorena Amaro (2020).

Por su parte, *Viaje al interior* es una obra reciente —con poco más de una década de circulación— que, aun cuando ha sido premiada y atendida por la crítica y la academia, no ha alcanzado todavía la gravitación que posee la narrativa de Donoso³. Con todo, Ferreira es un autor cuyas «novelas se abren paso en el campo de la narrativa latinoamericana contemporánea por su potencia poética y su abordaje renovado y crítico de la temática eterna e inagotable que es la violencia colombiana» (Gálvez Granada, 2020, p. 190). Esa valoración justifica su inclusión en una lectura comparada que la ponga en diálogo con una novela nodal del campo latinoamericano, en aras de precisar continuidades y desplazamientos en las formas de representar el poder y la violencia.

¹ Todas las citas de la novela de José Donoso provienen de la edición de Alfaguara de 1998. En el caso de Ferreira, se trata de la edición de 2017, también a cargo de Alfaguara. Cabe señalar, sin embargo, que la primera edición de *El lugar sin límites*, editada en Ciudad de México, en 1966, corresponde a Joaquín Mortiz. Por su parte, la primera edición de la novela de Ferreira tuvo lugar en La Habana, Cuba, en 2011, y estuvo a cargo del Instituto Cubano del Libro. Así, entre ambos textos transcurren 45 años. En adelante, atendiendo a su nombre extenso, para referirme a la novela de Ferreira diré *Viaje al interior*.

² La película homónima basada en la novela de Donoso fue dirigida por el cineasta mexicano Arturo Ripstein y considerada una de las obras más notables de la cinematografía de ese país. Parece relevante mencionar que aunque el guion estuvo a cargo de Manuel Puig, finalmente este prefirió no aparecer como autor. El motivo fue la posibilidad de que censuraran la película tras el cambio del director del Banco Nacional Cinematográfico de México (Bocaz Leiva, 2020).

³ En el año de su publicación, la novela de Ferreira fue distinguida con el Premio Latinoamericano de Novela Alba Narrativa, certamen instaurado en 2010 por el Fondo Cultural del ALBA y el Centro Cultural Dulce María Loynaz de La Habana, destinado a fomentar la obra de escritores latinoamericanos y caribeños menores de cuarenta años.

Con todo, al margen de estos contrastes, las obras del corpus que propongo exhiben similitudes. Para empezar, en ambos casos se trata de trabajos que empalman con otras obras de sus autores, es decir, podemos entenderlas como elementos en el marco de proyectos o sistemas narrativos mayores. En el caso de Donoso, como se ha señalado, se trata de una obra bisagra, un texto que inaugura ciertas modalidades de escritura y representación que el autor llevará posteriormente a su punto de mayor radicalidad en *El obsceno pájaro de la noche* y *Casa de campo* (1978), obras que Morales (2008, p. 94) identifica como el momento de crisis del modo moderno de subjetivación en la narrativa chilena. A su vez, el texto de Ferreira que propongo examinar forma parte de una saga de cinco novelas que él denomina «Pentalogía (infame) de Colombia», textos que narran los regímenes de violencia de la historia contemporánea de su país (Nuzzo, 2017), fundamentalmente a partir de la representación de los efectos del paramilitarismo, la violencia política y el narcotráfico (Figueroa Sánchez, 2024).

Al mismo tiempo, en ambas novelas la crítica ha ofrecido propuestas de lectura que apuntan a poner en relieve el ejercicio del poder y la violencia. Así, desde sus tempranas recepciones, inauguradas por Emir Rodríguez Monegal, en 1967, se ha puntualizado que la violencia y el ejercicio del poder ocupan un lugar relevante en *El lugar sin límites* (Bocaz Leiva, 2024, p. 43). A veces, el énfasis ha estado puesto en las relaciones sociales asimétricas que se representan en la obra en el marco de lo que se identifica como cultura latifundista chilena (Millares, 2024) o el binomio cuerpo/sexo y los ejercicios de normalización de la sexualidad (Melgar, 2016; Ostrov, 1997) o el encuentro de ambos ejes (Fisher, 2019).

Con respecto a Ferreira, su trabajo narrativo se ha enmarcado en lo que algunos autores denominan formato de la violencia paramilitar. Estas novelas se caracterizarían porque

[...] relatan mayoritariamente episodios de masacres haciendo una suerte de síntesis de los eventos acaecidos en la realidad, intentando recrear el horror, la violencia y el desamparo que sufrieron habitantes de tantos pueblos que fueron exterminados. En las novelas asistimos a la destrucción gratuita, explícita y arbitraria de personas que sólo son espectadores del horror, pero con recursos novelescos que lo distancian de lo documental y exponen procedimientos de gran preocupación estético-formal. (Urgelles y Santos, 2020, p. 125)

Asimismo, la crítica ha subrayado las formas de representación del cuerpo victimizado que se articulan en *Viaje al interior*. Se destaca la configuración de un «cuerpo colectivo» (Ayala Osorio, 2021, p. 30), que busca expresar la pérdida de individualidad inherente a la violencia padecida y permite que múltiples cuerpos se fundan simbólicamente en una sola figura.

Al margen de lo señalado, resulta todavía una tarea pendiente ofrecer lecturas que inscriban ambas novelas dentro de una teoría general sobre las formas de administración del poder, pues la crítica existente se ha concentrado, principalmente, en describir las modalidades de violencia representadas sin examinar en profundidad sus fundamentos político-conceptuales. En este artículo, se propone abordar este vacío estableciendo un vínculo entre poder y violencia a partir de Michel Foucault, para quien la violencia constituye una forma extrema de ejercicio del poder (Foucault, 2008). Desde esta perspectiva, las modalidades de administración del poder encuentran correlatos directos en los formatos específicos que adopta la violencia, lo que permite leer ambas obras no solo como relatos de agresión o control, si no como representaciones de regímenes históricos diferenciados de gubernamentalidad.

En estrecha relación con lo anterior, conviene subrayar que ambas narraciones se sitúan en espacios rurales cuyas coordenadas, aunque imprecisas, resultan identificables. *El lugar sin límites* emplaza su trama en El Olivo, caserío ficticio del valle central chileno; mientras que *Viaje al interior* se ancla en un pueblo sin nombre de la franja Colombia-Venezuela, atravesado por el contrabando y las economías ilegales. Esta opción espacial no es accesorio: Donoso trabaja con un paisaje rural propio del horizonte histórico del *Boom*, mientras que Ferreira se inscribe en lo que la crítica ha denominado el «giro rural» de la literatura latinoamericana del siglo XXI, esto es, un retorno a la campaña desde un presente marcado por mutaciones en las tramas de poder, soberanía y violencia (Saldarriaga-Gutiérrez, 2020; 2024).

Dado que estas configuraciones corresponden a momentos separados por casi medio siglo, nuestra propuesta crítica permite observar, con perspectiva diacrónica, la deriva de los modos de ejercicio del poder y de la violencia en ámbitos rurales latinoamericanos. El propósito no es solo cotejar motivos o procedimientos, sino situar ambos textos en un marco analítico común capaz de seguir, en clave relacional, transformaciones de largo aliento en la representación del dominio y el daño. Desde este ángulo, *El lugar sin límites* y *Viaje al interior* pueden

leerse como dos estaciones de un mismo proceso histórico-literario: la primera condensa un régimen disciplinario aún personalizable —ros-tros, apellidos, jerarquías visibles—; la segunda cartografía un territorio donde el control se deslocaliza y la soberanía se dispersa en actores móviles y reticulares.

La hipótesis de lectura sostiene que el contrapunto entre ambas obras ilumina un desplazamiento desde una administración del poder centrada en la anatomopolítica —un gobierno de los cuerpos individuales con fines de disciplina, en clave foucaultiana— hacia un orden de cuño necropolítico, tal como lo han pensado Mbembe y, para el contexto latinoamericano, Valencia: no ya la gestión de la vida, sino la producción de «mundos de muerte» y de sujetos reducidos a muertos-vivientes; no ya el castigo singular, sino la administración diferencial de la matabilidad de poblaciones enteras⁴. En suma, *El lugar sin límites* dramatiza un poder que aún «hace vivir» para normalizar; *Viaje al interior* exhibe un poder que, en el límite, «hace morir» para gobernar.

Antes de entrar en el andamiaje teórico, una breve sinopsis permitirá fijar los vectores narrativos. *El lugar sin límites* transcurre en un pequeño pueblo del campo chileno, regido por la cultura del latifundio y por un Estado distante. La narración se concentra en la Manuela, travesti que administra un prostíbulo y cuyo destino está trenzado con los poderes locales —en especial la figura del senador Alejandro Cruz—; la llegada de Pancho Vega, encarnación del orden masculino rural, precipita una cadena de violencias que culminan con la muerte de la protagonista en los márgenes del caserío. *Viaje al interior*, en cambio, se desarrolla en un poblado fronterizo donde un grupo armado irrumpe para ejecutar una masacre. La novela, a través de voces múltiples y saltos temporales, recompone las trayectorias de personajes atravesados por el paramilitarismo y el abandono estatal, cuyas vidas convergen en el instante de la matanza. Esta doble escena —valle central y frontera; disciplina y necropoder— abre, con continuidad y contraste, la discusión que seguirá.

⁴ En este trabajo se utiliza el término *matabilidad* para designar la condición política, jurídica y simbólica de ciertos cuerpos cuya eliminación física es posible y socialmente tolerada. Se trata de vidas reducidas a mera existencia biológica —en términos de Agamben (2006)— y situadas en regímenes de excepción que permiten su exposición sistemática a la muerte sin que dicha violencia sea considerada crimen ni sacrificio. Esta posición corresponde, en el análisis de Mbembe (2011), a la instauración de «mundos de muerte» en los que amplias poblaciones son convertidas en sujetos matables, condición que Butler (2010) denomina «vidas no llorables». Sayak Valencia (2016), por su parte, ha desarrollado este concepto en el contexto latinoamericano para analizar cómo el capitalismo criminal produce y gestiona poblaciones cuya matanza es funcional a lógicas económicas necropolíticas.

2. Entre la vida gobernada y la muerte administrada: algunas precisiones teóricas sobre biopolítica y necropolítica

En ningún caso parece exagerado señalar que la violencia ocupa un lugar omnipresente en la literatura latinoamericana (Kohut, 2002). En el ensayo *La violencia en la novela hispanoamericana actual*, escribió Ariel Dorfman (1972):

Decir que la violencia es el problema fundamental de América y del mundo es sólo constatar un hecho. Que la novela hispanoamericana refleja esa preocupación se advierte en cada página escrita en nuestro continente, esas páginas que son como la piel de nuestros pueblos, los testigos de una condición siempre presente. (p. 9)

Dorfman concluye que, desde fines del siglo XIX, «el problema de la violencia pasa a ser el eje de nuestra narrativa» (Dorfman, 1972, p. 10). A su vez, el despliegue de la violencia en el continente ha sufrido transformaciones profundas en las últimas décadas. Idelber Avelar sostiene que hoy enfrentamos una violencia sin sujeto y fuera de control, imposible de comprender dentro del binomio legitimidad/ilegitimidad (Avelar en Santos y Gutiérrez, 2015, p. 279). Para el análisis que aquí se propone, resulta especialmente relevante la perspectiva de Rita Segato, quien sitúa la violencia contemporánea latinoamericana en un escenario de discontinuidad de los paradigmas tradicionales de ejercicio del poder (Segato, 2014). Según esta autora, la modalidad actual de administración del poder se caracteriza por la imposibilidad de fijar a la población gobernada dentro de una jurisdicción estatal estable, lo que supera la noción de biopoder formulada por Foucault. Esta posición ha sido desarrollada también por Achille Mbembe (2011) y Sayak Valencia (2016), quienes examinan nuevas configuraciones de poder que exceden los marcos disciplinarios y biopolíticos clásicos.

En el marco de su analítica del poder, Michel Foucault distingue tres racionalidades que emergen en contextos históricos específicos — soberanía, disciplina y biopolítica— como capas que se imbrican más que como etapas que se sustituyen (Lluch, 2019). Durante el feudalismo y la modernidad temprana predomina la soberanía, que incluye

todas las cosas y personas contenidas en un espacio delimitado sobre el cual ejerce dominio y decide sobre la vida y la muerte (Foucault, 2009). Hacia el siglo XVIII irrumpe la disciplina, que no reemplaza a la anterior, sino que la reconfigura al dirigirse al cuerpo individual para hacerlo dócil y útil mediante vigilancia, segmentación del tiempo, examen y sanción (Estévez, 2018; Bazzicalupo, 2016). El uso concertado de saberes e instituciones para adiestrar y normalizar ese cuerpo es lo que Foucault denomina «anatomopolítica» (Lluch, 2019; Hardt y Negri, 2012): un régimen de poder que actúa directamente sobre los cuerpos a través de técnicas de normalización, vigilancia y entrenamiento, y que configura la gramática característica del gobierno disciplinario.

Con el tiempo, la modulación disciplinaria muestra sus límites: gobernar solo por el adiestramiento del cuerpo individual resulta insuficiente allí donde lo que debe optimizarse ya no es el gesto singular, sino la vida en común. Se despliega entonces una racionalidad distinta que toma la vida como campo de intervención y que organiza, produce y modula cuerpos y subjetividades a escala agregada: «Es un poder que opera sobre la vida y desarrolla todo un conjunto de tecnologías para aumentarla, fortalecerla y administrarla. Es un poder que, a la inversa del poder soberano, hace vivir y deja morir» (Lluch, 2019, p. 72). Este biopoder actúa en el nivel de la población y se concentra en procesos propios de la vida —nacimiento, muerte, reproducción, migraciones, enfermedad— mediante dispositivos de conocimiento-gestión (estadísticas, censos, profilaxis, seguros, urbanismo, campañas sanitarias) que permiten anticipar, distribuir y neutralizar riesgos (Castro, 2013; Foucault, 2011). En la biopolítica, el objetivo ya no es el cuerpo aislado, sino la regulación del cuerpo político como conjunto, de modo que la vida deviene variable administrable y el gobierno se ejerce a través de curvas, umbrales y probabilidades (Ludueña, 2010; Preciado, 2022). De ahí que la población se configure como una masa de vivientes coexistentes con propiedades biológicas y patológicas específicas, susceptibles de ser capturadas por saberes y tecnologías que las clasifican, comparan y normalizan, inscribiendo la vida en un régimen de cálculo continuo (Foucault, 2021).

Ahora bien, un conjunto de reflexiones procedentes, sobre todo, de África y América Latina, ha mostrado que el biopoder no opera de manera homogénea y que su gramática resulta insuficiente para dar cuenta de contextos donde la articulación entre violencia estatal, economías criminales y privatización de la guerra desplaza el eje del gobierno desde la gestión de la vida hacia la administración de la muerte (López, 2016). En estos escenarios, la matriz biopolítica sigue siendo un

punto de partida indispensable, pero no alcanza a explicar regímenes en los que los dispositivos de control producen efectos tan radicales que la optimización de la vida queda subordinada —o directamente sustituida— por la exposición sistemática a la eliminación.

En esta clave, Achille Mbembe propone la noción de necropolítica para nombrar una racionalidad en la que la soberanía se ejerce como potestad de decidir sobre la muerte: «La expresión más actual de la soberanía reside, en gran medida, en el poder y la capacidad de dictar quién merece vivir y quién debe morir. Por consiguiente, matar o permitir la vida constituyen los límites de la soberanía como sus principales atributos» (Mbembe, 2011, p. 11). El énfasis ya no recae en «hacer vivir y dejar morir», sino que retorna —bajo condiciones contemporáneas— a la inversión «hacer morir, dejar vivir» (Foucault, 2000, p. 241): la muerte se convierte en principio organizador de la administración del territorio y de la población. De allí que Mbembe describa la producción de «mundos de muerte» como signo distintivo de esta gubernamentalidad: espacios sociales en los que amplios colectivos quedan reducidos a la condición de muertos-vivientes, existencias suspendidas entre la supervivencia y la desaparición (Mbembe, 2011, p. 21).

Profundizar en esta mutación implica reconocer que la necropolítica no se limita a la ejecución espectacular de la violencia; instituye economías de la matabilidad que distribuyen, jerarquizan y normalizan quién puede ser eliminado con impunidad. Ese reparto se materializa en dispositivos heterogéneos: corredores fronterizos convertidos en zonas de excepción, listas de eliminación, desapariciones que desalojan el ritual y clausuran el duelo, cartografías de seguridad privada que segmentan el acceso a la protección, y cadenas de valor donde la muerte —y su amenaza— produce beneficios logísticos, políticos o financieros. En tales condiciones, la vida deja de ser un fin a optimizar para devenir un recurso contingente cuya preservación o sacrificio se decide según criterios de utilidad estratégica.

La contribución de Mbembe, en diálogo crítico con Foucault, no niega la biopolítica: la desborda, allí donde el cálculo de riesgos y la profilaxis poblacional coexisten con técnicas que instituyen la excepción como norma. En este sentido, la necropolítica no puede entenderse únicamente como un exceso o una patología del orden biopolítico, sino como un régimen de gobierno con tecnologías propias: la delegación y tercerización de la violencia hacia actores paraestatales o informales; la regulación del movimiento y del tiempo social a través del miedo; y la producción de subjetividades espectralizadas, cuya eliminación —o

permanencia como resto— no altera ni conmueve el orden de los vivos. En suma, si la biopolítica organizaba curvas, umbrales y probabilidades para hacer vivir, la necropolítica redistribuye umbral alguno para autorizar la muerte, fijando quién puede ser expuesto a ella sin que el entramado jurídico-moral se vea interpelado (López, 2016; Mbembe, 2011; Foucault, 2000).

Esta ampliación conceptual permite leer con mayor precisión contextos latinoamericanos donde la seguridad se privatiza, la frontera se precariza y el Estado cohabita —o compite— con soberanías difusas. En ellos, la biopolítica no desaparece, pero su gramática se vuelve subsidiaria de una política de la muerte que organiza la experiencia: la circulación cotidiana se transforma en riesgo administrado; la identidad, en anonimato disponible; la temporalidad, en presente detenido. Así, la necropolítica no solo explica la recurrencia de la masacre, la desaparición o el toque de queda de facto; ilumina también su inscripción estética: narrativas en bucle, voces sin clausura, cuerpos sin nombre, geografías que borran límites y vuelven indistinguibles los agentes de la soberanía. Es en ese cruce —donde la vida gobernada se reduce a residuo administrable— donde la biopolítica muestra su límite y la necropolítica, su centro de gravedad.

En este marco, Sayak Valencia traslada y radicaliza el diagnóstico de Mbembe al horizonte latinoamericano. Su noción de capitalismo gore nombra la imbricación entre mercado, violencia extrema y espectacularización del daño, y sitúa en su centro a los sujetos endriagos: agentes formados en el cruce de economías ilícitas, militarización difusa y consumos aspiracionales, capaces de convertir el cuerpo —propio y ajeno— en mercancía, mensaje y recurso político (Valencia, 2016). Aunque su análisis se ancla en el caso mexicano, el modelo ilumina dinámicas extendidas en diversas geografías del continente: privatización de la seguridad, tercerización de la coerción a actores paraestatales y mercantilización del riesgo que administran el territorio mediante masacres ejemplares. En consonancia con Mbembe (2011), Valencia (2016) advierte la insuficiencia de la biopolítica como política de la vida para explicar estos regímenes: aquí la gestión de poblaciones se necropolitiza, pues la muerte se integra como vector de gobierno y de valorización. Más que un mero exceso, esta lógica opera como soberanía paralela que disputa funciones estatales sin institucionalizarse plenamente, reorganizando la experiencia social alrededor de economías de matabilidad y del beneficio que puede extraerse de su puesta en escena. Se produce, entonces, una radicalización del registro de la biopolítica en que la gestión de la muerte pasa a ser parte de su lógica:

[...] ya que desacraliza y mercantiliza los procesos del morir: si la biopolítica se entiende como el arte de gestionar el vivir de las poblaciones, las exigencias capitalistas han hecho que el vivir y todos sus procesos asociados se conviertan en mercancías, lo cual se puede parangonar con lo que entendemos por necropoder, puesto que este representa la gestión del último y más radical de los procesos del vivir: la muerte. (Valencia, 2016, p. 156)

Valencia (2016) enfatiza, además, que el ejercicio de este necropoder crea un poder paralelo al Estado, en que, sin suscribirse plenamente a él, le disputa su poder de oprimir. Así, a través del despliegue de subjetividades distópicas e ingobernables que actúan dentro de lógicas racionalistas mercantiles, se lleva la violencia hasta el paroxismo de la crueldad y la expoliación hasta el último vestigio de vida (Segato, 2014).

3. El Olivo: cuerpos dóciles del campo chileno

En *El lugar sin límites*, José Donoso sitúa la acción en El Olivo, un pequeño pueblo rural del Chile central marcado por el abandono estatal y la persistencia de estructuras sociales tradicionales. La novela deja ver con nitidez el debilitamiento del rol del Estado, evidenciado en la precariedad de las condiciones materiales y en la postergación sistemática de las demandas comunitarias. Así, los habitantes llevan años esperando la llegada de la electrificación, «pero la respuesta a la solicitud se iba retrasando año tras año, quién sabe cuántos ya» (Donoso, 1998, p. 41). Esta ausencia prolongada del Estado crea las condiciones para que se articulen relaciones de poder locales de carácter disciplinario, centradas en los cuerpos y en la regulación de las conductas, y que operan como mecanismo de control social en un espacio rural profundamente estratificado.

En el caso de El Olivo, el poder se despliega sobre los cuerpos en una red de lugares que se articulan como un circuito destinado al disciplinamiento. Resulta pertinente acá mencionar a Jeff Malpas quien establece que el lugar halla su definición en relación con la noción de límite. Su esencia es su relacionalidad:

Ningún lugar existe salvo en relación con otros y cada uno contiene otros que están conectados con él. De este modo, el carácter

distintivo de los lugares es algo que emerge a través de la interacción entre ellos, y no de su absoluta separación (lo cual es imposible). (Malpas, 2015, p. 207)

Los individuos de El Olivo transitan, entonces, por lugares. La casa patronal, la iglesia (en realidad, un galpón que las oficia de capilla) y el prostíbulo, se activan como dispositivos que permiten la operación ininterrumpida del poder. Se trata, de cierta forma, de espacios homólogos a aquellos que Foucault describe como surgidos entre los siglos XVII y XVIII, es decir, los espacios destinados al gobierno de los individuos de manera transversal (Lluch, 2019).

En este sentido, el epígrafe que Donoso escoge para la novela es revelador: el lugar del disciplinamiento es, en efecto, un lugar ilimitado, el sitio donde somos ininterrumpidamente torturados y permanecemos siempre (Donoso, 1998, p. 9). Lugares, entonces, en que el poder penetra los cuerpos, pero especialmente el alma (Foucault, 2019), en tanto superficie de inscripción de la norma y blanco de tecnologías de subjetivación que interiorizan la vigilancia, la culpa y el deseo. Estos lugares funcionan como dispositivos que mantienen a los sujetos bajo vigilancia para aumentar la probabilidad de ocurrencia de ciertas conductas. Se trata de lugares que posibilitan el surgimiento de sistemas de organización de la multiplicidad de los individuos para facilitar su funcionamiento distribuido para que estos se constituyan como un cuerpo entrenado tanto en habilidades como en capacidades. En esta medida, estos lugares requieren que la fuerza de trabajo responda a los ritmos necesarios para la producción. El control del tiempo de los individuos se vuelve una dimensión fundamental: «es necesario pautar, regular, administrar qué hay que hacer en cada momento, cuáles son los tiempos de aprendizaje, de ocio, de producción de descanso de alimentación» (Lluch, 2019, p. 71). La administración del tiempo es una cuestión que somete sutilmente a los habitantes de El Olivo, a pesar de tratarse de un espacio de provincia. Cuando comienza la novela, lo primero en lo que piensa la Manuela es en el tiempo. Alarga la mano para tomar el reloj: «Cinco para las diez, misa de once» (Donoso, 1998, p. 11). Esa obsesión por el tiempo y su uso ya no desaparecerá, especialmente a partir del momento en que se obsesiona con remendar su vestido colorado para llegar a tiempo para la inminente visita de Pancho Vega: «Cinco minutos hasta la casa de la Ludovinia, un cuarto de hora para buscar el hilo, y cinco minutos para cualquier cosa, para tomar un matecito o para pararse a comadrear con cualquier en una esquina. Y después, su misa (Donoso, 1998, pp. 19-20)».

Todas las conductas del día quedarán sometidas a un estricto uso del tiempo curiosamente introyectado:

La Manuela encendió y después de dejar la vela encima de la mesa junto a las papas, se puso los anteojos y se sentó a coser al lado de la luz. La Lucy había apagado. Iba a dormir hasta la hora de la comida. Así era fácil matar el tiempo. Eran las cinco. Faltaban tres horas para la comida. Tres horas y ya estaba oscuro. Tres horas para que comenzara la noche y el trabajo. (Donoso, 1998, p. 46)

En esa medida, los habitantes del Olivo transitan por lugares — especialmente el prostíbulo— que funcionan como espacios análogos a la prisión foucaultiana, el lugar donde los sujetos son sometidos a vigilancia permanente hasta que interioricen las normas exteriores. Al igual que en otras obras de Donoso, la casa adquiere la impronta de lugar de disciplinamiento que funciona como una suerte de panóptico, es decir, los espacios en que los cuerpos son entrenados, en los que se fija su ejercicio a un ritmo de actividades dentro de un tiempo y lugar determinados, para potenciar ciertas capacidades y mejorar su rendimiento, a través de mecanismos de control y vigilancia de comportamientos, pensamientos o actitudes no adecuados al funcionamiento y disponer de tecnologías destinadas a corregirlas (Foucault, 2020). El prostíbulo funciona como un dispositivo disciplinario cuya finalidad es constituir sujetos a partir de la adquisición de disciplinas o hábitos (Foucault, 2013). Se trata de producir sujetos obedientes a partir de un ejercicio constante de sumisión a hábitos, reglas y órdenes que debe seguir constantemente y cuyo cumplimiento será supervisado (Foucault, 2019). ¿No es así, después de todo, como funciona aquella apuesta remota entre Alejandro Cruz y la Japonesa? ¿No se exige, pues, una prueba que pueda ser sometida a verificación óptica?:

Ya está. Ya que te crees tan macanuda te hago la apuesta. Trata de conseguir que el maricón se caliente contigo. Si consigues calentarlo y que te haga de macho, bueno, entonces te regalo lo que quieras, lo que me pidas. Pero tiene que ser con nosotros mirándote, y nos hacen cuadros plásticos. (Donoso, 1998, p. 80)

«Tiene que ser con nosotros mirándote» (Donoso, 1998, p. 80), dice Alejo Cruz; es decir, vigilando, prescribiendo determinadas conductas y garantizando que aquellas consideradas desviadas ocurran únicamente cuando los dispositivos de control lo permiten. La mirada de Alejo Cruz opera como un auténtico dispositivo de vigilancia, a través del cual el poder disciplinario actúa también como poder normalizador:

[...] obliga a la homogeneidad; pero individualiza al permitir las desviaciones, determinar los niveles, fijar las especialidades y hacer útiles las diferencias ajustando unas a otras. Se comprende que el poder de la norma funcione fácilmente en un sistema de la igualdad formal, ya que en el interior de una homogeneidad que es la regla, introduce, como un imperativo útil y el resultado de una medida, todo el desvanecido de las diferencias individuales. (Foucault, 2013, p. 189)

Se prescriben ciertas conductas. Por eso, desde muy temprano, la Manuela se obsesiona con remendar su vestido español. Por eso también rechaza cualquier rol distinto al disciplinamiento al que ha sido sometida:

La Manuela tiró las horquillas al suelo. Ya estaba bueno. ¿Para qué seguir haciéndose tonta? ¿Quería que ella, la Manuela, se enfrentara con un machote como Pancho Vega? Que se diera cuenta de una vez por todas y que no siguiera contándose el cuento...sabes muy bien que soy loca perdida, nunca nadie trato de ocultártelo. Y tú pidiéndome que te proteja: si voy a salir corriendo a esconderme como una gallina en cuanto llegue Pancho. (Donoso, 1998, p. 48)

Pero, de pronto, estas conductas prescritas se fracturan de modo sutil. Octavio y Pancho pueden permitirse ver bailar a la Manuela, pueden incluso planear una juerga y tomarla de la cintura, pero ella no puede actuar en consecuencia. Por eso, cuando Octavio ve que la Manuela intenta besar a Pancho en la boca, reacciona y desata la tragedia:

—Ya pues compadre, no sea maricón usted también...

Pancho también soltó a la Manuela.

—Si no hice nada.

—No me venga con cuestiones, yo vi...

Pancho tuvo miedo.

—Qué me voy a dejar besar por este maricón asqueroso, está loco, compadre, qué me voy a dejar hacer una cosa así. A ver Manuela, ¿me besaste?

La Manuela no contestó. Siempre pasaba cuando había algún hombre tonto como el tal Octavio. (Donoso, 1998, p. 124)

El poder, entonces, se despliega sobre cuerpos y en lugares que se articulan como espacios de vigilancia permanente. Nadie lo posee, propiamente, pero quienes lo ejercen tienen nombre y rostro. Es cierto, Alejo Cruz, senador de la república, impone algunas reglas en El Olivo, pero en ningún caso ejerce un poder soberano, es tan solo un dispositivo, un nodo en la red ininterrumpida de poder disciplinario, al

mismo tiempo pastor y vigilante: «Habían comenzado a molestar a la Japonesita cuando llegó don Alejo, como por milagro, como si lo hubieran invocado. Tan bueno él. Si hasta cara de Tatita Dios tenía con sus ojos como de loza azulina y sus bigotes y cejas de nieve» (Donoso, 1998, p. 12-13), metáfora del vigilante del panóptico:

Invisible, el inspector reina como un espíritu; pero en caso de necesidad puede este espíritu dar prueba inmediatamente de su presencia real. Esa casa de penitencia podría llamarse Panóptico para expresar con una sola palabra su utilidad esencial, que es la facultad de ver con una mirada todo lo que se hace en ella [...] La ventaja fundamental del panóptico es tan evidente que quererla probar sería arriesgarse a oscurecerla. Estar incesantemente a la vista de un inspector es perder en efecto el poder de hacer el mal, y casi el pensamiento de intentarlo. (Bentham, 2017, p. 37)

Don Alejo representa, al mismo tiempo, un poder pastoril, aquel que intenta conducir a sus ovejas sanas y salvas junto al resto del rebaño. En tanto dispositivo, el senador opera un poder sobre cierto territorio específico, o, siguiendo a Malpas, sobre ciertos lugares. De allí que se traslade por el pueblo en compañía de sus perros, vigilando y marcando el territorio, en una suerte de ejercicio cartográfico. A pesar de eso, el poder del pastor opera en nodos: no como una soberanía irradiada desde un centro único, sino como una red capilar de puntos de condensación y relevo donde se intensifican la mirada, la orden y la sanción. Esos nodos —la casona del senador, la plaza, el prostíbulo de la Manuela, el retén, la fonda, los accesos al fundo— funcionan como estaciones de control en las que el poder se actualiza, produce efectos y se retransmite. Entre un nodo y otro, el poder circula por segmentos: tramos de trayecto en los que se activan tecnologías distintas (persuasión, dádiva, amenaza, castigo), moduladas por la situación y por los cuerpos que los atraviesan. Así, el recorrido de Don Alejo con sus perros no solo delimita el espacio, también lo cablea: conecta enclaves estratégicos mediante itinerarios repetidos que estabilizan jerarquías y rutinas. En esa topología, cada lugar es un umbral operativo donde se toman decisiones, se negocian obediencias y se escenifica la disciplina; y cada segmento, el intersticio móvil que asegura la continuidad del control entre un punto y otro. De este modo, el pastorado no es un mando abstracto, sino una geografía práctica de micro-soberanías articuladas: nodos donde el poder se condensa, y segmentos donde su circulación asegura la gobernabilidad cotidiana.

Por lo anterior, Pancho Vega se ve compelido a regresar a El Olivo, aun cuando intenta prosperar fuera del radio de Alejandro Cruz. La narración deja ver un poder anclado a lugares —enclaves concretos donde se concentra la vigilancia— más que desplegado sobre un espacio abierto. El control se ejerce sobre puntos precisos y sobre las vidas que los transitan; el afuera, entendido como apertura y desplazamiento, permanece vedado, casi prohibido. Así, la geografía del poder no es continua, sino topográfica: se impone allí donde el territorio se densifica en umbrales, casas, plazas y márgenes, y desde esos focos delimita lo decible, lo habitable y lo posible. Lejos del lugar, allí donde no es posible la vigilancia, la operación del poder disciplinario parece fracturarse o discontinuarse. Por eso, los lugares del encierro se desean, mientras que el espacio abierto, allí donde los cuerpos se revelan simplemente como vida desnuda, vida animal, se miran desde la distancia:

Más allá, detrás del galpón de madera encanecida, más zarzas y un canal separaban el pueblo de las viñas de don Alejandro. La Manuela se detuvo en la esquina para contemplarlas un instante. Viñas y viñas y más viñas por todos lados hasta donde alcanzaba la vista, hasta la cordillera. Tal vez no fueran todas de don Alejandro [...] el varillaje de las viñas convergía hasta las casas del fundo de El Olivo, rodeadas de un parque no muy grande, pero parque al fin, y por la aglomeración de herrerías, lecherías, tonelerías, galpones o las bodegas de don Alejandro. (Donoso, 1998, p. 21)

Más allá de los lugares, en el espacio, el disciplinamiento se fractura y emerge la vida desnuda. Por eso, la escena en que Manuela finalmente es asesinada tiene lugar lejos de los lugares, en el espacio:

Cruza el alambrado cubierto de zarzamora sin ver que las púas destrozan su vestido. Y se agazapó al otro lado, junto al canal. Más allá está la viña: la corriente sucia lo separa de la ordenación de las viñas. Tiene que cruzar. Don Alejo lo espera. Las casas de El Olivo rodeadas de encinas con un pino alto como un campanario allá donde convergen las viñas, esperándolo don Alejo con sus ojos celestes [...] No alcanzó a moverse antes que los hombres brotados de la zarzamora se abalanzaran sobre él como hambrientos. Octavio, o quizás fuera Pancho el primero, azotándolo con los puños...tal vez no fueran ellos sino otros hombres que penetraron la mora y lo encontraron y se lanzaron sobre él y lo patearon y le pegaron y lo retorcieron, jadeando sobre él, los cuerpos calientes retorciéndose sobre la Manuela que ya no podía ni gritar. (Donoso, 1998, p. 126)

La Manuela muere, se revela como vida sacrificable, lejos del lugar, en el espacio donde cualquier puede tomar la vida de cualquiera. El poder pastoril comienza a mostrar su inoperancia. Por eso, La Manuela reflexiona: «[...] tiene que cumplir su promesa de defenderme y sanarme y consolarme, nunca antes se lo había pedido ni le había cobrado su palabra, pero ahora sí sólo usted, sólo usted...no se haga el sordo don Alejo ahora que me quieren matar» (Donoso, 1998, p. 125). Los lugares amenazan con desaparecer: «Echaría abajo a todas las casas, borraría las calles ásperas de barro y boñigas, volvería a unir los adobes de los paredones de la tierra de donde surgieron y araría toda esa tierra para algún propósito incomprensible» (Donoso, 1998, p. 58).

En esta medida, la decadencia de El Olivo puede leerse como el desvanecimiento progresivo de un cierto modo de ejercer poder: «La casa se estaba sumiendo» (Donoso, 1998, p. 19). Esta imagen no remite únicamente a la ruina física del prostíbulo, sino que simboliza la fractura de un régimen disciplinario que ya no logra organizar completamente la vida social. Los espacios tradicionales —la casa, el pueblo, el latifundio— comienzan a disolverse, y con ellos se erosionan las formas de control que los sostenían. Podemos precisar esa transición con la noción agambeniana de «vida desnuda»: no la vida humana en plenitud político-jurídica, si no la mera facticidad biológica expuesta a la decisión soberana, situada en un umbral donde la ley se suspende y, sin embargo, sigue operando como excepción (Agamben, 2006, p. 201). En ese umbral —el «campo» como paradigma— la pertenencia al orden común se vuelve precaria: se vive, pero fuera de reconocimiento y de tutela, reducido a una existencia disponible. La racionalidad emergente no busca ya producir sujetos dóciles ni integrar ciudadanos útiles; administra la exposición de ciertos cuerpos a la muerte o al abandono, instituyendo una zona en la que matar no constituye, estrictamente, un homicidio y dejar morir no es una omisión punible.

En *El lugar sin límites*, no se trata todavía de la plena instauración de una lógica biopolítica o necropolítica, sino de un momento de transición, en el que la disciplina empieza a ceder terreno ante otras modalidades de gubernamentalidad, marcadas por la regulación de la vida y la administración de la muerte. *El lugar sin límites* captura precisamente este punto de inflexión: un orden disciplinario que se resquebraja, dejando entrever la emergencia de nuevas formas de poder que no lo sustituyen de inmediato, pero que comienzan a desplegarse en sus fisuras.

4. Muertos-vivientes en la frontera colombiana

En *Viaje al interior*, el poder y la violencia no buscan disciplinar los cuerpos, sino exterminarlos. Ya no se trata de confinarlos en espacios delimitados para vigilarlos de manera constante hasta que interioricen la lógica del control. En cambio, el poder se despliega para expandir el territorio y disolver sus fronteras. La novela representa así una masacre y muestra cómo la existencia de todos los habitantes del pueblo parece estar inexorablemente destinada a la desaparición.

La obra se abre con la irrupción de un grupo de encapuchados armados en un pueblo fronterizo colombiano, el mismo día en que la comunidad celebra un certamen de belleza para financiar un puente. No llegan, como lo haría Alejandro Cruz en *El lugar sin límites*, a pie y con perros, cartografiando pausadamente el territorio para inscribir su dominio. Aquí el territorio pierde centralidad: lo que importa es la vida de quienes lo habitan, convertida en blanco móvil. El pasaje marca el viraje desde una anatomopolítica del disciplinamiento localizado hacia una gubernamentalidad abiertamente necropolítica, donde la decisión sobre la muerte sustituye al control del cuerpo. Las camionetas de vidrios polarizados ingresan como en una operación relámpago: velocidad, opacidad, sorpresa. El objetivo no es administrar un espacio, sino ejecutar una distribución de la matabilidad; los enmascarados entran con un único propósito —matar a quien se cruce—, y el pueblo entero queda reducido a un campo de caza donde la vida se vuelve prescindible:

Todos los ocupantes de la camioneta cubren su rostro con pasamontañas [...] El radio vuelve a sonar al interior de la camioneta:

—Con lista en mano, erre; con lista en mano.

Interferencia.

La lista aparece en la mano del copiloto.

El transmisor vuelve a resonar:

—Búsquenlos y mátenlos a todos, erre; la orden es buscarlos y matarlos, cambio.

Y por todas las ventanas asoman los fusiles de asalto. (Ferreira, 2017, pp. 9-10)

Abriéndose paso en medio de la multitud, no hay margen para distinguir quién debe morir. Los cuerpos asumen la forma de un cuerpo colectivo que habita un espacio determinado que debe explotarse,

limpiarse de obstáculos. Nadie en el pueblo tiene un solo motivo para sufrir la muerte y, sin embargo, la orden es exterminar a toda la población:

Diez minutos después de la primera balacera, aquellos que intentaron atravesar la plaza y siguen heridos reciben un tiro de gracia en la nuca. Los que se lanzaron de bruces, para protegerse del cruce de disparos, se oprimen las cabezas de pensar en que ahora también ellos serán rematados [...] consternados de temor yacen tendidos de bruces, hombro con hombro, con las manos entrelazadas, fingiéndose muertos. (Ferreira, 2017, p. 23)

Antes de que la masacre estalle a cielo abierto, la novela dispone un orden espacial que hace legible la violencia como administración de la exposición. La frontera no opera solo como límite geopolítico, sino como umbral donde se superponen controles estatales y soberanías paraestatales: retenes policiales y registros de encapuchados se encadenan sin solución de continuidad, instaurando una zona de indistinción en la que la ley funciona suspendiéndose. En términos de Agamben (2006, p. 207), el espacio fronterizo deviene «campo», paradigma del estado de excepción en el que la inclusión en el orden jurídico se consume por la vía de la exclusión. Allí, los habitantes quedan reducidos a vida desnuda: existen, pero desprovistos de garantías y de rituales que doten de sentido a la muerte; son matables, no sacrificables. El crimen se inscribe, así, en una economía de lo «permitido» de facto, mientras la desaparición sustituye al duelo y fija una temporalidad sin clausura. De este modo, la escena no se limita a tematizar la violencia: la formaliza como régimen, mostrando cómo la circulación de mercancías, cuerpos y armas administra la matabilidad en el intersticio entre dos jurisdicciones (Agamben, 2006, p. 219).

Los cuerpos que habitan ese espacio devienen, entonces, nuda vida, existencias que cualquiera puede arrebatarse, individuos que carecen a los ojos del victimario de todo valor, hasta el punto de que cualquiera puede darle muerte impunemente (Agamben, 2006, p. 220), pero, a la vez, no puede ser sacrificado de acuerdo con los rituales establecidos:

Tres años antes, Rubén Guevara Naranjo desapareció cuando la caravana de contrabandistas que presidía fue desviada al otro lado de la cordillera con un cargamento de electrodomésticos que transportaban desde Venezuela a Medellín. Los detuvo un retén policial, y mientras la aduana registraba el cargamento, su padre había hecho la última llamada que haría en la vida: dijo que no había problema, que era un soborno acostumbrado, que a más tardar el

martes siguiente estaría de regreso y se sentaría a la mesa a comer frijoles con pezuña de cerdo, que era el manjar que más apreciaba. Pero no regresó. Como tampoco regresaron los demás integrantes de la caravana de contrabandistas porque tres kilómetros adelante del retén militar los detuvo otro registro, esta vez de hombres encapuchados que desviaron el cargamento de la carretera principal y nunca se volvió a saber nada de ellos. (Ferreira, 2017, p. 43)

La política de la muerte exhibe también su despliegue en la vida cotidiana:

Cuando has nacido en un lugar así no necesitas explicaciones para entender lo que es la guerra. Todo está en el ambiente, en la cautela de la gente al hablar bajito en las casas para que no oigan los vecinos, en los rumores que corren a espaldas del prójimo, en las puertas cerradas al caer la noche. En las familias que suben unas pocas cosas a un camión destartado y luego ya no las vuelves a ver. En los muertos que amanecen en las acequias, o en los remansos del río, o en la esquina de la calle donde está tu casa. En los helicópteros que disparan proyectiles a la cima de un cerro. (Ferreira, 2017, p. 84)

No hay escapatoria posible. No hay lugares en los cuales resguardarse, todo lo que existe es espacio. A diferencia de los lugares, el espacio conlleva apertura, amplitud y «siempre puede imaginarse la posibilidad de su expansión; dado cualquier intervalo espacial, siempre puede imaginarse otro intervalo semejante, y, por tanto, una expansión o extensión de ese espacio sin ningún límite necesario» (Malpas, 2015, p. 206). El ejercicio de la violencia no se limita a lugares, su objetivo es la expansión.

Que la novela de Ferreira tenga lugar en un espacio fronterizo es, en esta medida, un aspecto relevante. La frontera deviene, siguiendo a Valencia, en zona nacional de sacrificio, donde se instalan espacios de «todo vale» (Valencia, 2016, p. 68). Los encapuchados van detrás de un individuo particular, Urbano Frías, un contrabandista a quien acusan de traición, pero para ajusticiarlo los encapuchados están dispuestos a sacrificar a todos los habitantes del pueblo. Se trata, en cierta medida, de aniquilar cierto espacio vital. No deben quedar dudas sobre el modo en que se ejerce el poder de «hacer morir» y sobre la concepción del territorio. Los sicarios de *Viaje al interior* vuelven a poner en juego la técnica pastoral y actuar sobre el pueblo como si actuaran sobre un rebaño. En este caso, sin embargo, no se busca regular las conductas, sino ejercer un poder de carácter exterminador que rechaza toda posibilidad de fijar una jurisdicción estable (Segato, 2014). Los encapuchados

deambulan por el pueblo fronterizo no para conducir a su rebaño hacia un espacio protegido, sino para demostrar que eliminarlo resulta irrelevante si con ello se despeja el territorio:

En anclaje anterior de las poblaciones gobernadas dentro de un territorio fijo y nacionalmente delimitado va siendo transformado porque el foco de control se viene dislocando progresivamente hacia un rebaño móvil que corta a través de las fronteras nacionales. (Segato, 2014, p. 32)

Frías, dueño de una fortuna ilícitamente adquirida, funciona, de cierto modo, como un espejo de Alejandro Cruz, un nodo de poder que parece poseerlo:

Urbano Frías, «U», entrada en confianza, es el antiguo socio contrabandista de su padre que sobrevivió a aquel viaje porque estaba enfermo y no pudo sumarse a la caravana. Debido a su buena suerte, Urbano Frías en menos de cuatro años se volvió rico y figura ahora como dueño del monopolio del contrabando, ganadero, propietario de quinientas cabezas de ganado vacuno, de siete carros, de las mejores casas y poseedor además de un gusto refinado por acostarse con muchachas que no sobrepasen nunca los dieciséis años de edad. (Ferreira, 2017, p. 54)

Su humillación final, la manera cobarde en que elude la muerte, evidencia que el poder no puede ser poseído ni apropiado de forma estable: solo puede ejercerse. Carece de nombre y de rostro; se manifiesta como una fuerza anónima y móvil. En este escenario emerge una nueva forma de soberanía, despersonalizada y tachada, que desborda las estructuras estatales tradicionales. Siguiendo a Sayak Valencia, en estas dinámicas surgen «Estados paralelos» (2016, p. 74): configuraciones de poder que disputan o reproducen funciones soberanas sin institucionalizarse necesariamente como tales. Se produce así una ruptura marcada por el predominio de la informalidad y por prácticas que pueden calificarse de paraestatales, incluso en contextos donde el propio Estado actúa como agente impulsor y garante de dichas formas de poder.

En *El lugar sin límites*, de cierto modo, aun frente al abandono del pueblo, Alejandro Cruz, senador de la República, actúa como un remanente del Estado, débil, agotándose, pero poderoso también. En *Viaje al interior*, el Estado se desdibuja aún más, es el crimen organizado el que gobierna y lo hace ejerciendo un poder de muerte.

En relación con la nueva geografía de la extracción de recursos, asistimos al nacimiento de una forma inédita de gubernamentalidad que consiste en la *gestión de multitudes*. La extracción o el pillaje de recursos naturales por las máquinas de guerra van parejos a las tentativas brutales de inmovilizar y neutralizar espacialmente categorías completas de personas o, paradójicamente, liberarlas para forzarlas a diseminarse en amplias zonas que rebasan los límites de un Estado territorial. (Mbembe, 2011, p. 62)

De allí que ninguno de los criminales tenga nombre propio o rostro visible. El narrador se limita a referirse a ellos como «hombres armados», «encapuchados», «enmascarados». Es un poder sin nombre y que da cuenta de cómo el continente enfrenta un escenario que no permite entender quién se enfrenta con quién, por qué razones, dónde empieza y dónde termina un conflicto. De acuerdo con Sayak Valencia, en el marco de su propuesta sobre el capitalismo gore, se configuran los llamados «sujetos endriagos», es decir, aquellos que encarnan «lo no aceptable, el enemigo» (Valencia, 2016, p. 92), sujetos sin identidad, ultraviolentos y demolidores que sostienen las lógicas del régimen económico capitalista.

La necropolítica de los sujetos endriagos sigue los pasos trazados por la biopolítica y sus deseos de gobernabilidad del territorio, la seguridad y la población haciendo de esta gobernabilidad un monopolio que explota los tres elementos, ya sea por medio de la explotación de los recursos naturales del territorio, por la venta de seguridad privada para garantizar el bienestar de la población o apropiándose de los cuerpos de la población civil como mercancías de intercambio o como cuerpos consumidores de estas mercancías ofrecidas por el necromercado. La necropolítica de los sujetos endriagos da un paso que hasta ahora resulta desconocido, no por novedoso, sino porque en épocas anteriores había trabajado oculta. (Valencia, 2016, p. 158)

Ese poder soberano conserva la facultad «hacer morir». Como advierte Foucault (2011, p. 27), no existe una frontera rígida entre las distintas formas de administración del poder: ciertos mecanismos propios de la sociedad disciplinaria persisten dentro de la sociedad de la seguridad. Esa persistencia se manifiesta en prácticas de control minucioso sobre los cuerpos —a través de la vigilancia, la segmentación del espacio y la regulación de conductas— que coexisten con dispositivos orientados a gestionar riesgos a escala poblacional. En este contexto, los cuerpos pueden ser eliminados sin mediaciones legales ni morales.

La masacre actúa como mecanismo disuasivo y como gesto que restituye la autoridad soberana frente a la ofensa percibida.

El momento de su muerte, horrísona, es el instante crucial de sus existencias. Por eso, luego de la masacre, el narrador detalla fragmentos de sus vidas que parecen confluír inevitablemente hasta el momento de sus muertes violentas. Todas las experiencias narradas desembocan en el momento en que serán cruelmente asesinados, como si fueran vidas experimentadas para el acto de morir. El tiempo narrativo se vuelve circular regresando, una y otra vez, al momento de la masacre, intercalando esa escenificación con los puntos de vista de distintos personajes (Nuzzo, 2017). El presente de la masacre se detiene en un bucle de tiempo para revelar que los sujetos representados no tienen futuro y viven en un permanente presente que deviene sacrificio final.

Se constituyen, así, en lo que Mbembe entiende como *muertos vivientes*. Se trata de un contexto en que

[...] las armas se despliegan con el objetivo de una destrucción máxima de las personas y de la creación de mundos de muerte, formas únicas y nuevas de existencia social en las que numerosas poblaciones se ven sometidas a condiciones de existencia que les confieren el estatus de *muertos-vivientes*. (Mbembe, 2011, p. 75)

Se trata de vidas precarizadas, consideradas no llorables, es decir, vidas destinadas a la muerte (Butler, 2010, p. 41): sacrificables, prescindibles y abandonadas por el Estado. A más de un siglo de la fundación del pueblo, aún «no existe alcantarillado. La luz eléctrica desaparece al más ligero de los vendavales» (Ferreira, 2017, p. 71). En este contexto de abandono estructural, el crimen organizado asume funciones de gobierno, ejerciendo un necro-poder que dispone soberanamente de sus vidas.

Las formas de matar varían poco. En el caso particular de las masacres, los cuerpos sin vida son rápidamente reducidos al estatus de simples esqueletos. Desde ese momento, su morfología se inscribe en el registro de una generalidad indiferenciada: simples reliquias de un duelo perpetuo, corporalidades vacías, desprovistas de sentido, formas extrañas sumergidas en el estupor. (Mbembe, 2011, p. 64)

El ejercicio del poder parece, entonces, retrotraerse hacia un momento de ejercicio de la soberanía, a aquel momento descrito por Foucault, en que el dominio de un soberano incluía todas las cosas y

personas contenidas en ese espacio delimitado. Es cierto, al igual que el soberano no ejerce su derecho sobre la vida, sino haciendo valer su derecho de matar, o reteniéndolo; no deja constancia de su poder sobre la vida, sino por la muerte que está en condiciones de exigir, pero este poder no pretende ser ejercido sobre un espacio delimitado. Las representaciones del poder y la violencia que se exhiben en la novela de Ferreira dejan claro que se trata de un poder que «hace morir y deja vivir» (Foucault, 2000, p. 241), un poder que ha arrebatado la vida para la muerte.

5. Comentarios finales

Los cuarenta y cinco años que median entre *El lugar sin límites* y *Viaje al interior de una gota de sangre* no solo marcan una diferencia de época: exhiben la deriva del gobierno de los cuerpos hacia la administración de la muerte. En Donoso, la violencia se articula en torno a dispositivos disciplinarios que producen docilidad mediante la mirada, el ritmo y la prueba: una anatomopolítica que «hace vivir y deja morir» en la medida en que su objetivo es todavía normar la vida (Foucault, 2011; Lluch, 2019). En Ferreira, por el contrario, la violencia ya no busca integrar ni corregir: administra la matabilidad, instituye «mundos de muerte» y convierte a los habitantes en muertos-vivientes (Mbembe, 2011, p. 11). El tránsito no es lineal ni excluyente: confirma que soberanía, disciplina y biopolítica persisten como capas que se reactivan de forma diferencial.

La clave espacial refuerza el viraje. En Donoso, el recinto (casa, prostíbulo, capilla) organiza el control; en Ferreira, la frontera se vuelve «campo», esto es, estado de excepción donde la ley se suspende y la vida queda expuesta como «vida desnuda», matable pero no sacrificable (Agamben, 2006, p. 219). Esa mutación de recinto a intemperie muestra cómo el poder deja de exigir obediencia para exigir prescindibilidad. Con Segato (2014), puede decirse que la gubernamentalidad se desliga de jurisdicciones estables y se desplaza a rebaños móviles; con Valencia (2016), que el capitalismo gore mercantiliza los procesos del morir y habilita soberanías paralelas que disputan funciones estatales. Así, *Viaje al interior* no solo representa masacres: formaliza una temporalidad espectral (retornos, bucles, duelo suspendido) que delata un orden necropolítico donde todo es verdaderamente posible.

El aporte comparado de este estudio es doble. En primer lugar, propone criterios de legibilidad inmanentes: cuando el texto impone coreografías de control y pruebas de obediencia, leemos anatomopolítica; cuando organiza el mundo por protocolos de riesgo, leemos biopolítica; cuando suspende garantías, anonimiza al perpetrador y repite la muerte sin clausura, leemos necropolítica. En segundo lugar, vincula el giro rural contemporáneo con la relectura del *Boom*: no para oponerlos, sino para trazar continuidades y desplazamientos en la cartografía del poder. Si, como han sugerido Avelar (en Santos y Gutiérrez, 2015) y Segato (2014), la violencia revolucionaria —inscrita en proyectos colectivos— cede ante violencias autónomas y desancladas, el contraste entre Donoso y Ferreira permite observar cómo se desactiva la promesa integradora de la disciplina y cómo la muerte ocupa el centro de la gubernamentalidad.

Este cierre abre líneas de trabajo adicionales. En el plano teórico, pueden incorporarse semánticas del duelo (Butler, 2010) para precisar la condición de vidas «no llorables» en contextos de desaparición; asimismo, una lectura económico-jurídica de la seguridad privatizada permitiría refinar la noción de soberanías difusas (Mbembe, 2011; Segato, 2014). En el plano comparado, conviene expandir el corpus hacia otros rurales latinoamericanos para testear si la frontera como «campo» se repite o adopta variaciones regionales. Finalmente, es preciso reconocer el alcance y límite de este trabajo: dos novelas, dos coordenadas nacionales. Con todo, la hipótesis central se sostiene: entre *El lugar sin límites* y *Viaje al interior* la literatura registra —y vuelve sensible— el pasaje desde un orden que normaliza la vida hacia otro que distribuye la muerte, mostrando que el poder no se posee ni se localiza, sino que se ejerce como trama de dispositivos que, en sus fisuras, dejan ver el rostro —o la ausencia de rostro— de nuestra época.

Referencias

- Agamben, G. (2006). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida, I*. Traducción y notas de Antonio Gimeno Cuspinera. Pre-textos.
- Amaro, L. (2020). La historia no contada de Chile. *Revista Santiago. Ideas, crítica, debate*. <https://revistasantiago.cl/literatura/la-historia-no-contada-de-chile/>
- Ayala Osorio, V. (2021). *Las representaciones del cuerpo violentado en Viento Seco (1953) de Daniel Caicedo y Viaje al interior de una gota de sangre (2011) de Daniel Ferreira*. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Tesis de grado para optar al título de Filóloga Hispanista. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/23478>.
- Bazzicalupo, L. (2016). *Biopolítica. Un mapa conceptual*. Traducción de Daniel García López. Melusina Editorial.
- Bentham, J. (2017). *Panóptico*. Traducción de Julia Varela y Fernando Alvarez-Uria. Araucaria.
- Bocaz Leiva, M. L. (2020). Nueva edición crítica de El lugar sin límites de José Donoso en Colección Biblioteca Chilena: notas en torno a un proyecto de edición. *(An)ecdótica*, iv (2), pp. 131-140. <https://doi.org/10.19130/iifl.anec.4.2.2020.0006>
- Bocaz Leiva, M. L. (2024). José Donoso y el mítico desgarro de un episodio creador. Comienzo escriturarios e íncipit de El lugar sin límites. *Anales de Literatura Chilena*, 25 (41), pp. 231-251. <https://doi.org/10.7764/ANALESLITCHI.41.14>
- Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Traducción de Bernardo Moreno Carrillo. Paidós.
- Castro, E. (2011). *Lecturas foucaulteanas. Una historia conceptual de la biopolítica*. Ediciones de Universidad Pedagógica de la Provincia de Buenos Aires (UNPE).
- Donoso, J. (1998). *El lugar sin límites*. Alfaguara.
- Dorfman, A. (1972). *Imaginación y violencia en América Latina*. Anagrama.
- Estévez, A. (2018). Biopolítica y necropolítica: ¿constitutivos u opuestos? *Espiral*, 25 (73), pp. 9-43. <http://dx.doi.org/10.32870/espiral.v25i73.7017>
- Ferreira, D. (2017). *Viaje al interior de una gota de sangre*. Alfaguara.
- Figueroa Sánchez, C. (2024). Gramática-violencia: una relación significativa para la narrativa colombiana de segunda mitad del siglo. *Tabula Rasa*, 2, pp. 93-110. <https://doi.org/10.25058/20112742.209>
- Fisher, C. (2019). José Donoso y las masculinidades monstruosas de la reforma agraria chilena. En José Donoso, *El lugar sin límites*. Edición crítica a cargo de María Laura Bocaz Leiva, pp. 272-290. Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Traducción de Horacio Pons. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008). *Historia de la sexualidad, 2. El uso de los placeres*. Traducción de Martí Soler. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Traducción de Aurelio Garzón del Camino. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2011). *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France*

- (1977-1978). Traducción de Horacio Pons. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2013). *La sociedad punitiva. Curso en el Collège de France (1972-1973)*. Traducción de Horacio Pons. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2019). *Microfísica del poder*. Traducción de Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2020). *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1972-1973)*. Traducción de Horacio Pons. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2021). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Traducción de Horacio Pons. Siglo XXI Editores.
- Gálvez Granada, J. (2020). Estética de la destrucción: los objetos materiales en Viaje al interior de una gota de sangre, de Daniel Ferreira. *Estudios De Literatura Colombiana*, 47, pp. 189-206. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n47a10>
- Hardt, M. y Negri, A. (2012). *Imperio*. Traducción de Eduardo Sadier. Paidós.
- Kohut, K. (2002). Política, violencia y literatura. *Anuario De Estudios Americanos*, 59(1), pp. 193-222. <https://doi.org/10.3989/aeamer.2002.v59.i1.202>
- López Morales, B. (2011). La construcción de «la loca» en dos novelas chilenas: El lugar sin límites de José Donoso y Tengo miedo torero de Pedro Lemebel. *Acta Literaria*, 42, pp. 79-102. https://revistas.udec.cl/index.php/acta_literaria/article/view/4976
- López, C. (2016). Hacer vivir, dejar morir en la era de la gubernamentalidad. Acerca de la actualidad y los alcances del enfoque foucaultiano de la biopolítica. *Revista de Filosofía*, 72, pp. 123-133. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-43602016000100008>
- Lluch, E. J. (2019). *Michel Foucault. Biopolítica y gubernamentalidad*. Gedisa.
- Ludueña, F. (2010). *La comunidad de los espectros. I. Antropotecnia*. Miño y Dávila.
- Malpas, J. (2015). Pensar topográficamente: lugar, espacio y geografía. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 61 (2), pp. 199-229. <https://doi.org/10.5565/rev/dag.297>
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Seguido de *Sobre el gobierno privado indirecto*. Traducción de Elisabeth Falomir Archambault. Melusina.
- Melgar, J. (2016). Tejiendo espacios queer en Latinoamérica: El travestismo en Herrera Velado y Donoso. *Cuaderno Inter.cambio sobre Centroamérica y el Caribe*, 13 (1), pp. 93-107. <https://doi.org/10.15517/c.a.v13i1.23910>
- Millares, S. (2024). Introducción. En Donoso, José. *El lugar sin límites* (pp. 9-91). Cátedra. Letras Hispánicas.
- Morales, L. (2008). *De muertos y sobrevivientes. Narración chilena moderna*. Editorial Cuarto propio.
- Nuzzo, G. (2017). La pentalogía (infame) de Colombia de Daniel Ferreira: una aproximación a su obra. *Revista Cultura Latinoamericana*, 25, pp. 134-164. <https://editorial.ucatolica.edu.co/index.php/RevClat/article/view/1581>
- Ostrov, A. (1999). Espacio y sexualidad en *El lugar sin límites* de José Donoso. *Revista Iberoamericana*, 65 (187), pp. 341-348.
- Preciado, P. B. (2022). *Dysphoria mundi*. Anagrama.
- Saldarriaga-Gutiérrez, S. (2020). Giro rural y memorias del conflicto armado en la novela colombiana del siglo XXI. *Revista Catedral Tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 8 (15), pp. 35-61. <https://doi.org/10.5195/ct/2020.479>
- Saldarriaga-Gutiérrez, S. (2024). El giro rural en la literatura latinoamericana del siglo XXI: definición y líneas maestras.

Revista Letral, 33, pp. 17-44. <https://doi.org/10.30827/rl.v0i33.26292>

Santos, D. y Gutiérrez, P. (2015). De violencia y literatura en el acontecer reciente de Latinoamérica. Entrevista a Idelber Avelar. *Revista de Humanidades*, 32, pp. 277-287. <https://revistahumanidades.unab.cl/index.php/revista-de-humanidades/article/view/216/244>

Segato, R. L. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Tinta limón.

Urgelles, I. y Santos, D. (2020). Perspectivas múltiples del conflicto paramilitar en dos novelas colombianas recientes: Viaje al interior de una gota de Sangre (2011) de Daniel Ferreira y El espantapájaros de Ricardo Silva Romero (2012). *Catedral tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 8 (15), pp. 121-147.

Valencia, S. (2016). *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*. Booket.